

GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. *Literatura y anarquismo en Manuel González Prada*. Bogotá: Siglo de Hombre Editores, 2009

Gustavo A. Bedoya S.

gustavoadolfo00@yahoo.com

En su clásico estudio sobre la “intelligentsia”: *Ensayos de sociología de la cultura*, el sociólogo húngaro Karl Mannheim (1893-1947) estableció que la concepción de clase del materialismo histórico no permite el adecuado estudio del intelectual, puesto que la intelectualidad es un fenómeno esquivo, ambivalente, en contraposición a la clase, en la que generalmente todo sucede en un mismo sentido: una clase social no absorbe por completo, ni explica las acciones de las personas concretas. Los intelectuales no son una clase: “Son un conglomerado entre, pero no sobre, las clases”¹. De allí que haya que estudiarlo en relación con las agrupaciones e instituciones culturales, o en relación con la vida social que posibilita su existencia. De esta manera, el libro *Literatura y anarquismo* de Gómez García² resulta un eficaz pretexto para analizar las condiciones sociales y culturales que dan vida a un tipo de intelectual: el anarquista peruano Manuel González Prada.

El libro es resultado de la investigación: “Política e intelectuales: la imagen de España en el siglo XIX”, que tuvo como objetivo la exploración de las imágenes de España en las obras de tres figu-

¹ Mannheim, Karl. (1963). *Ensayos de sociología de la cultura*. Madrid: Aguilar, p. 155.

² Doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld, Alemania. Docente investigador. Coordinador del Grupo de investigación “Estudios de literatura y cultura intelectual latinoamericana”, director de la colección “Clásicos del pensamiento hispanoamericano” de la Editorial de la Universidad de Antioquia. Otras publicaciones: *Crítica e historiografía literaria de Juan María Gutiérrez* (Universidad de Antioquia), *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX* (Universidad de Antioquia), *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del “libro de izquierda” en Medellín en los años setenta* (Desde abajo), *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre vida intelectual y política* (Diente de León); selección, prólogo y cronología de Juan María Gutiérrez (Biblioteca Ayacucho); traductor del libro *Historia ilustrada de la moral sexual* de Eduard Fuchs (Alianza Editorial).

ras representativas de la tradición intelectual hispanoamericana del siglo XIX, a saber: Andrés Bello, Miguel Antonio Caro y Manuel González Prada³. Dividido en once capítulos, el libro posee, además, un anexo biográfico y bibliográfico.

El primer capítulo: “España: un enigma sumergido” contextualiza acerca de España como tema-problema, recurrente en la intelectualidad hispanoamericana del siglo XIX y XX (Bolívar, Bello, Caro, González Prada, Martí, pero también Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Gutiérrez Girardot). En palabras de Gómez García: “España constituyó un problema polémico que definió, sin duda, los perfiles ideológicos de los hombres de letras decimonónicos, un problema que acompañó páginas decisivas en la configuración de la entidad cultural hispanoamericana” (30).

El segundo capítulo: “Perú: notas sobre un hispanismo empecinado” establece el “antibolivarianismo” de los sectores urbanos ilustrados, que en palabras de Gómez García es la otra cara del hispanismo. Muestra de lo anterior es el texto de José de la Riva Agüedo *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú, y causas del mal éxito que ha tenido ésta* (1858), que como su título lo deja entrever, desprecia a los libertadores (San Martín y Bolívar) y a la misma causa independentista, tachada como “incursión extranjera”, a favor –por ejemplo– de un proyecto monárquico:

En el fondo –dice Gómez García–, estas *Memorias* expresan o pueden tomarse como la conciencia vergonzante de una élite que no fue capaz de conducir, político-militarmente, su independencia nacional, y a la que cabe la denigración desesperada como último recurso historiográfico ante una posteridad que no había podido poner en claro su papel histórico. La tergiversación en esta medida era como un consuelo ante la balbuceante conducta de las élites peruanas. Imbuidas de amor por España, de admiración por los títulos nobiliarios, cargadas de recuerdos de su grandeza colonial, temerosas de levantamientos indígenas, les resultaba un insulto ser subordinadas por hombres que consideraban ilegítimos por extranjeros e inferiores por su origen socio-racial. Se deseaba una independencia de España, pero con signo hispánico... (49).

³ Los estudios sobre los dos primeros estuvieron a cargo de los investigadores Óscar Julián Guerrero y Rafael Rubiano Muñoz. Según Gómez García, la publicación de los resultados se hizo de forma separada ante razones netamente editoriales.

El tercer capítulo: “La impronta hispánica en el Perú de González Prada” expone la concepción antiespañola del anarquista. Para él, España resulta un horizonte cultural equívoco, y por ello la postulación intelectual nacional y la necesidad de nuevas influencias:

En romper con las tradiciones coloniales –dice el propio González Prada–; en mudar, si fuera posible, de lengua, estriba nuestra salvación: todo lo tradicional, todo lo español actúa de rémora o de fermento corruptor. En vez de marchar con naciones que se guían por la voz de los vivos, obedecemos inconscientemente a la fuerza comunicada por un pueblo que obedece a la voz de los muertos (Citado por Gómez García, 63).

De esta manera, en su intento por establecer sólidamente un pasado peruano, digno de recordarse, y ante la escasez de figuras fundacionales (ya que nada podía esperarse de la política contemporánea), González Prada subraya desesperadamente la personalidad de un militar y un religioso: el almirante Miguel Grau, combatiente de la guerra contra Chile, y el sacerdote ilustrado Francisco de Paula González Vigil, amigo íntimo del propio González Prada. Gómez García, en la misma línea de sentido del anarquista, concluye: “Perú estaba lejos de haber producido a los Sarmientos, Bellos, Echevarrías, Isaacs, Altamiranos, de otras latitudes de Hispanoamérica” (77).

El cuarto capítulo: “La España de «Torero, chulo y cura» en González Prada”, se concentra en el tema de la herencia e independencia literaria, la cual se percibe como un *continuum* temático contra España en González Prada, puesto que el intelectual critica corrosivamente la imitación, y más aún, la imitación de imitadores, es decir, la imitación ciega de un Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, y de los escritores contemporáneos: Catalina y Selgas, que en consideración del peruano resultan autores secundarios e insignificantes. Para el anarquista era el momento propicio para un nuevo aire “en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno” (85).

El quinto capítulo: “*Baladas peruanas*: un excursus necesario” presenta la imagen que esta obra en particular ofrece sobre España. En

ella, el pasado precolombino asaltado por la península condiciona la actualidad peruana. En la misma obra también es palpable el intento del anarquista por acercarse a la luz de los pensadores más radicales de la actualidad española. De esta manera, Gómez García concluye que el papel de España en Hispanoamérica se resuelve para González Prada en polémica bajo el formato de “intempestiva”. Más adelante argumentará acerca del ensayo como género que posibilitará la labor del intelectual (así como el discurso y la proclama).

El sexto y séptimo capítulo: “Cotejo temático con Fernando Lozano Montes, Demófilo” y “Cotejo temático con Pi y Margall”, respectivamente, señalan —como los títulos lo indican—, las relaciones temáticas con la obra anticlerical, antiestatista y anticostumbrista de Fernando Lozano Montes, autor de, entre otros: *Batallas del Libre-Pensamiento* (1882); y con la obra de Pi y Margall, estrecho amigo de González Prada en España a finales de 1897, autor de *La reacción y la revolución* (1854) y *Las nacionalidades* (1876). Para Gómez García, las similitudes saltan a la vista con dichos autores españoles, sobre todo en los aspectos temáticos, más que en los formales.

En el octavo capítulo: “En torno a *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, de Miguel de Unamuno” se señala la visión que Unamuno, y quizás España en general, tenían de lo americano. En principio, el español utiliza la imagen de José de la Riva Agüero quien presenta a la “incipiente” literatura peruana como parte de la castellana, pero “imitativa” de la francesa, por lo cual debe volver a las fuentes castizas. En contraposición, González Prada resulta un escritor importante, en consideración de Unamuno, pero que para su desgracia, se caracteriza por el afrancesamiento y su postura anticatólica. Para Gómez García, dicho afrancesamiento hace parte del reflejo de asimilar otras tradiciones, buscando siempre superar el asfixiante panorama de las letras hispánicas.

El noveno capítulo: “El anarquismo español en la obra de González Prada”, explica el radicalismo político del peruano y su viaje a España en busca de interlocutores de su propia lengua. Gómez García rastrea en la prensa anarquista contemporánea española y no halla en ellas rastros de sus participaciones. De igual forma, establece que el tema ha sido eludido por la mayoría de los críticos de la

obra del peruano, hecho sorprendente y sin excusa, siendo González Prada: “uno de los más audaces y valientes escritores anarquistas de nuestra lengua” (170).

Los dos últimos capítulos: “Hacia una tipología del intelectual como agitador de ideas” y “Consideración final sobre el *sans-culotismo* literario”, argumentan acerca de González Prada como intelectual de acción política, radical, inscrito en una larga tradición europea, desde la Ilustración y el romanticismo, hasta los anarquistas rusos, tipo Bakunin y Nechaiev. Sin embargo, es en Alexander Herzen y en Franz Mehring en quienes Gómez García percibe los mayores puntos de encuentro con el tipo social de agitador intelectual de González Prada. Dichos autores abren un nuevo horizonte a la denuncia de la injusticia social, se trata de intelectuales desvinculados de su condición social (siendo un hombre de la élite, González Prada se convierte en un anarquista al lado de las masas obreras peruanas), que hacen uso de la prensa y el ensayo para servir de guías políticos y puentes culturales. En el caso de González Prada, resulta muy significativo el hecho de que ante las singularidades de su época haya tenido que, además, formar a su público.

De esta manera, podríamos decir que el ejemplo de González Prada se impone como modelo ético-político en la intelectualidad hispanoamericana. Para el caso concreto de Colombia, aquel intelectual contestatario se puede rastrear, salvadas las proporciones, en José María Vargas Vila. De todas maneras, el intelectual anarquista, comprometido, se configura como un horizonte de estudio importante en las tradiciones literarias e ideológicas hispanoamericanas: se trata de otro tipo de hombre de letras, censor de la vida pública, enemigo del poder político, de la Iglesia, del ejército y la burguesía, pero amigo de las masas, que abre nuevos medios de propaganda política y un nuevo lenguaje: reverberante y retador. González Prada, como precursor del anarquismo en el Perú: “Abrió un boquete en la conciencia dominante del patriciado peruano que hizo resonancia en los sectores sociales emergentes, proletarios e indígenas, que se aprestaban a entablar una lucha sin cuartel con sus enemigos de clase” (208).

Como se dijo al inicio, la investigación de Gómez García resulta un pretexto para indagar por la actuación de los intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX en medio de su propia realidad social y cultural. En dicho contexto resulta imprescindible el análisis de la prensa en la formación de la opinión pública del intelectual (Bello, Caro, Sarmiento, González Prada, Martí y Sanín Cano lo demuestran). La prensa permitió la opinión pública, aunque como institución resultó deficiente, negativamente colonial. Así mismo, en el estudio del intelectual hispanoamericano del siglo XIX se debe pensar el tema de la incipiente o nula profesionalización del escritor, así como la exigua producción del libro. Otro factor determinante de la realidad de nuestros intelectuales decimonónicos ha sido el hecho de que ninguno de ellos fue producto de la universidad académicamente constituida. Este panorama se diferencia enormemente del europeo, en donde hombres como Marx, Nietzsche, Ranke, Droysen, Weber, etc., fueron hijos de la universidad, algunos de ellos vivieron de lo escrito, o no necesitaban de la publicación para sobrevivir. Se trata de un contexto social y cultural donde la prensa es un formato más (quizás el más inmediato) para dar a conocer las ideas: “Allí, a diferencia del mundo hispanoamericano, la prensa es complemento o parte, no sustituto, de la opinión pública” (16). De esta manera, Gómez García deja entrever una evidencia, característica vital en la formación intelectual hispanoamericana del siglo XIX: el autodidactismo ■